

CENTURIÓN

SIMON SCARROW

CENTURIÓN

Traducción de Montse Batista



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Centurion*

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa

© fotografía de la sobrecubierta: Sue Colvil
Diseño de la imagen de la sobrecubierta: Tim Byrne

Primera edición: enero de 2014

© Simon Scarrow, 2007

© de la traducción: Montse Batista, 2008

© de la presente edición: Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad 6
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-1994-1

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 28683-2013

Impreso en España

Este libro está dedicado a todos mis antiguos alumnos a quienes tuve el privilegio de enseñar. ¡Y gracias por todo lo que vosotros me enseñasteis a cambio!

El ejército romano: breve nota sobre las legiones y las cohortes auxiliares.

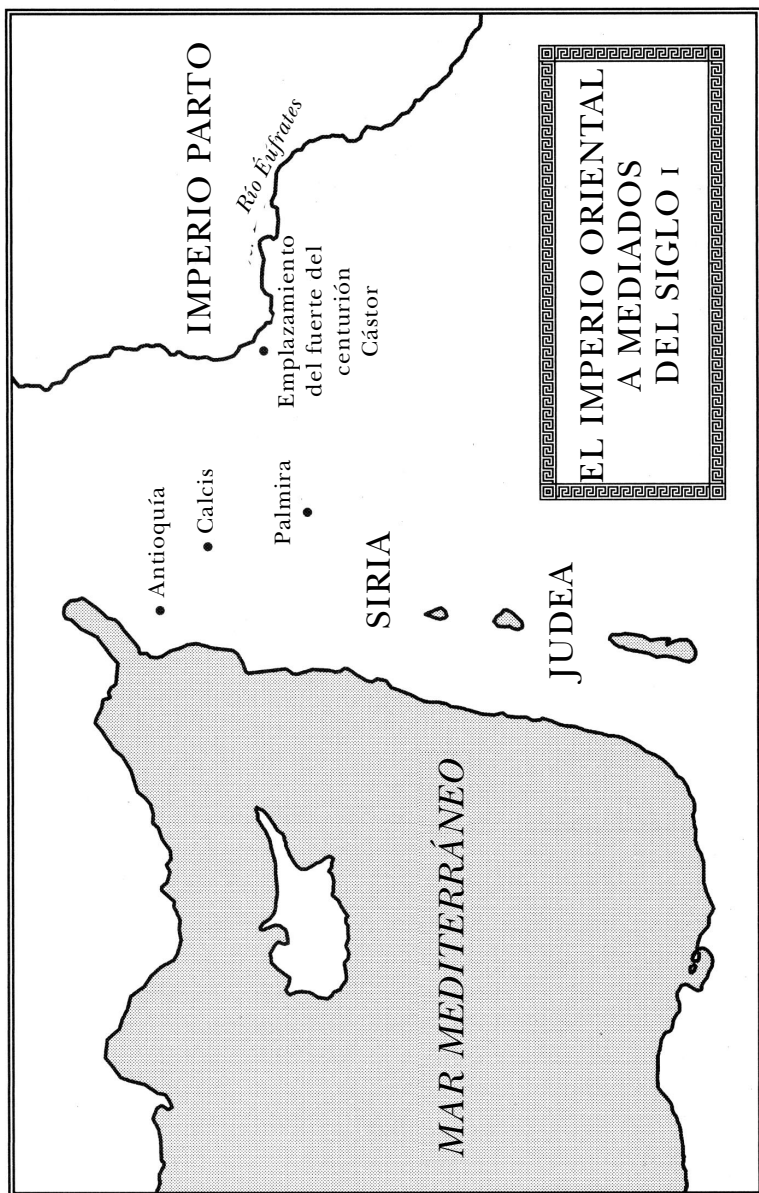
Los soldados del emperador Claudio servían en dos cuerpos: las legiones y las unidades auxiliares, semejantes a la Décima legión y la Segunda cohorte iliria que aparecen en esta novela.

Las legiones eran las unidades de élite del ejército romano, integradas por ciudadanos romanos, muy bien armadas y equipadas y sujetas a un régimen de entrenamiento brutalmente duro. Además de constituir el brazo armado de la política militar romana, las legiones también realizaban grandes proyectos de ingeniería como la construcción de carreteras y puentes. Cada legión poseía un número nominal de efectivos de unos cinco mil quinientos hombres. Éstos se dividían en nueve cohortes compuestas de seis centurias de ochenta soldados cada una (no de cien como podría suponerse) y una más, la primera cohorte, constituida por el doble de soldados que las demás y cuya tarea era proteger el vulnerable flanco derecho en la línea de batalla.

A diferencia de las legiones, las cohortes auxiliares reclutaban sus soldados de las provincias y garantizaban la ciudadanía romana a aquellos que sobrevivieran a veinte años de servicio, tras los cuales recibían la licencia absoluta. Los romanos no podían alinear caballería ni tropas de largo alcance de buena calidad, pero como eran muy prácticos subcontrataron a muchos de estos especialistas para formar las cohortes auxiliares de no ciudadanos. Los auxiliares eran igualmente instruidos en la profesión, pero su equipo era más ligero y su paga inferior. En tiempos de

paz sus obligaciones se limitaban a las funciones de guarnición y vigilancia y en campaña actuaban como exploradores y tropas ligeras, donde su papel principal consistía en retener al enemigo mientras las legiones se acercaban para caer sobre él. Por regla general las cohortes auxiliares estaban formadas por seis centurias, aunque había unas cuantas cohortes mayores, como la Segunda iliria, que también poseía un componente de caballería añadido. Durante el servicio activo las cohortes auxiliares solían agruparse con las legiones.

Por lo que respecta a los rangos, las centurias de legionarios y auxiliares estaban a las órdenes de un centurión con un *optio* como segundo al mando. Los centuriones superiores estaban al mando de las cohortes en las legiones, mando que, en el caso de una cohorte auxiliar, ejercía un prefecto que normalmente era un centurión con mucha experiencia ascendido de las legiones. Al mando de las legiones había un legado con un estado mayor formado por tribunos, jóvenes oficiales aristócratas en su primera experiencia militar. Cuando se reunía un ejército, normalmente el comandante elegido por el emperador era un individuo de probada competencia militar. Esta persona con frecuencia ostentaba otros puestos, por ejemplo el gobierno de una región, como le sucede al Casio Longino que aparece en esta novela.



IMPERIO PARTO

Río Eufrates

Emplazamiento
del fuerte del
centurión
Cástor

- Antioquía
- Calcis
- Palmira

SIRIA

JUDEA

MAR MEDITERRÁNEO

EL IMPERIO ORIENTAL
A MEDIADOS
DEL SIGLO I



Muralla de la ciudad

El barrio bajo

Puerta del este

El ágora

La ciudadela

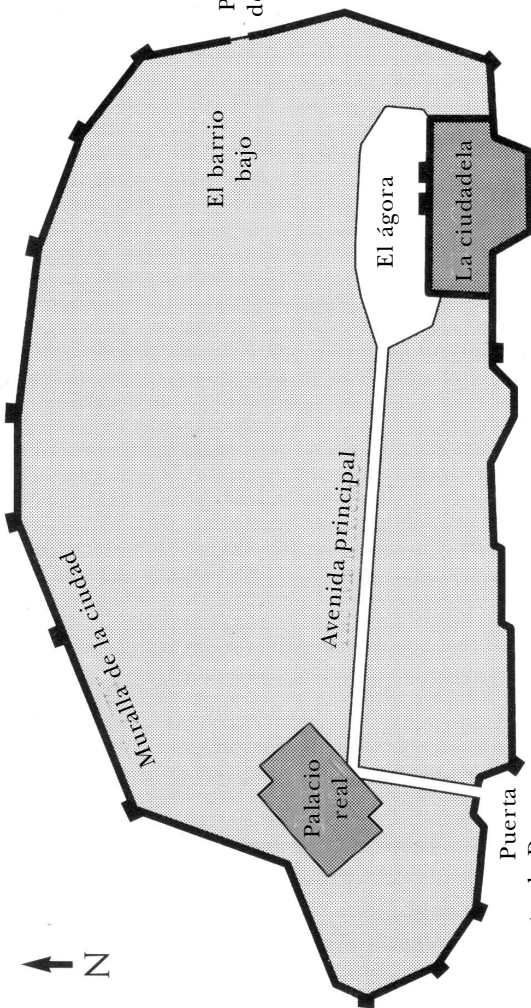
Avenida principal

Palacio real

Puerta de Damasco

Torres funerarias

LA CIUDAD DE PALMIRA EN EL SIGLO PRIMERO



CAPÍTULO I

Anocheceía en el campamento cuando el comandante de la cohorte miró hacia el río desde lo alto del precipicio. El Éufrates se hallaba cubierto de una tenue neblina que se extendía por la orilla a ambos lados y se alzaba por encima de los árboles que crecían en la ribera, por lo que el río se asemejaba al vientre de una serpiente que se ondulara suavemente por el paisaje. Al centurión Cástor se le erizó el vello de la nuca al pensarlo. Se arrebujó con la capa, entrecerró los ojos y escudriñó el terreno que se extendía al otro lado del Éufrates: el territorio parto.

Habían pasado más de cien años desde que el poderío de Roma entrara por primera vez en contacto con los partos y desde entonces ambos imperios habían estado practicando un mortífero juego por el control de Palmira, la zona situada al este de la provincia romana de Siria. Ahora que negociaba un tratado más directo con Palmira, Roma había extendido su influencia a las riberas del Éufrates, en la mismísima frontera con su antigua enemiga. Entre Roma y Partia ya no había ningún estado fronterizo y pocos dudaban de que la hirviente hostilidad no tardaría en desatar un nuevo conflicto. Cuando el centurión y sus hombres cruzaron las puertas de Damasco e iniciaron su marcha, las legiones

emplazadas en Siria ya se estaban preparando para una campaña.

Al pensar en ello, el centurión Cástor se sintió molesto una vez más por las órdenes que le habían llegado de Roma de conducir a una cohorte de tropas auxiliares por el desierto, más allá de Palmira incluso, para establecer allí un fuerte, en los precipicios que dominaban el Éufrates. Palmira se encontraba a ocho días de marcha en dirección oeste y los soldados romanos más próximos tenían su base en Emesa, a seis días de distancia de Palmira. Cástor nunca se había sentido más aislado en su vida. Sus cuatrocientos hombres y él se hallaban en los confines del Imperio, apostados en aquel despeñadero para vigilar cualquier indicio de ataque de los partos al otro lado del Éufrates.

Tras una marcha agotadora por el árido desierto rocoso acamparon cerca del precipicio y habían empezado a trabajar en el fuerte que guarnecerían hasta que finalmente algún funcionario de Roma decidiera relevarlos. Durante el día la cohorte se había cocido al sol y luego se acurrucaba bajo sus capas por la noche, cuando la temperatura descendía de súbito. Habían racionado el agua rigurosamente y, cuando al fin llegaron al gran río que atravesaba el desierto y regaba la fértil media luna de la ribera, sus hombres se precipitaron al bajío para saciar su sed, llevándose el agua a los labios agrietados con tal desenfreno que los oficiales no pudieron contenerlos.

Después de haber servido tres años en la guarnición de la Décima legión en Ciro, con sus magníficos y bien regados jardines y todos los placeres de la carne

que un hombre pudiera desear, Cástor tenía ahora terror a su destino temporal. La cohorte se enfrentaba a la perspectiva de pasarse meses, o tal vez años, en aquel rincón remoto del mundo. Si antes no los mataba el aburrimiento, seguro que lo harían los partos. Por este motivo el centurión había ordenado a sus hombres que construyeran el fuerte en el despeñadero en cuanto encontraron un emplazamiento desde el que se dominaba perfectamente el vado y las ondulantes llanuras de Partia. Cástor sabía que la noticia de la presencia romana llegaría a oídos del rey parto en cuestión de días y era vital que la cohorte levantara rápidamente unas defensas fuertes antes de que los partos decidieran atacarlos. Los auxiliares habían trabajado duramente varios días para nivelar el terreno y preparar los cimientos para los muros y las torres del nuevo fuerte. Los mamposteros se apresuraron a labrar las losas que habían acarreado hasta allí desde los afloramientos rocosos de los alrededores. Los muros de contención ya llegaban a la altura de la cintura y el espacio entre ellos se había llenado de escombros y cascotes, por lo que el centurión Cástor movió la cabeza con satisfacción mientras contemplaba el emplazamiento bajo la luz mortecina. En cinco días más las defensas tendrían la altura suficiente para trasladar el campamento al interior de los muros del nuevo fuerte. Entonces podría permitirse el lujo de sentirse a salvo de los partos. Hasta entonces los hombres trabajarían todas las horas que les permitiera la luz del día.

Hacía un instante que se había puesto el sol y en el horizonte sólo brillaba una leve franja de luz rojiza.

Cástor se volvió hacia su segundo al mando, el centurión Séptimo.

—Ya es hora de terminar la jornada.

Séptimo asintió, se llenó de aire los pulmones e hizo bocina con la mano para dar la orden a voz en cuello y que se oyera por todo el emplazamiento en construcción.

—¡Cohorte! ¡Dejad las herramientas y regresad al campamento!

Cástor vio las formas borrosas de los hombres que, por toda la obra, amontonaban cansados los picos, palas y canastas de mimbre, y cogían los escudos y las lanzas para dirigirse, arrastrando los pies, hacia las líneas que formaban frente al espacio donde se situaría la puerta principal. Cuando el último ocupó su posición empezó a arceciar el viento del desierto y, al mirar hacia el oeste con los ojos entrecerrados, Cástor vio una masa densa que avanzaba a un ritmo constante hacia ellos.

—La tormenta de arena viene hacia aquí —refunfuñó dirigiéndose a Séptimo—. Será mejor que lleguemos al campamento antes de que nos alcance.

Séptimo asintió con la cabeza. Había servido en la frontera oriental la mayor parte de su carrera y sabía que los hombres podían perder rápidamente el sentido de la orientación si los envolvía la asfixiante y abrasiva arena que levantaban los vientos que barrían esas tierras.

—Esos cabrones afortunados del campamento están perfectamente a salvo.

Cástor sonrió brevemente. Habían dejado a media centuria vigilando el campamento mientras sus compañeros se alejaban y ascendían penosamente por el

precipicio. Ya se los imaginaba poniéndose a cubierto en las torres de guardia para resguardarse del viento y la arena cortantes.

—Bueno, pues pongamos en marcha a los hombres.

Dio la orden de avanzar y los soldados empezaron a caminar con dificultad por el camino que descendía serpenteando hasta el campamento, situado a poco más de kilómetro y medio del emplazamiento del fuerte. El viento empezó a soplar con más fuerza, la oscuridad se intensificó por todo el paisaje y las capas se agitaron y gualdrpearon en torno a los cuerpos de los soldados que descendían por la pedregosa ruta.

—No lamentaré marcharme de este lugar, señor —comentó Séptimo con un gruñido—. ¿Tiene idea de cuánto tiempo pasará antes de que nos reemplacen? A los muchachos y a mí nos espera un cálido alojamiento en Emesa.

Cástor meneó la cabeza.

—No tengo ni idea. Yo estoy igual de ansioso que vosotros por salir de aquí. Todo depende de la situación en Palmira y de lo que decidan hacer nuestros amigos partos.

—¡Malditos partos! —espetó Séptimo—. Esos cabrones siempre están revolviendo las cosas. Eran ellos los que estaban detrás de ese asunto de Judea el año pasado, ¿no es cierto?

Cástor asintió con la cabeza al recordar el levantamiento que había estallado al este del río Jordán. Los partos suministraron armas a los rebeldes, así como una pequeña fuerza de arqueros a caballo. Si se había evitado que los rebeldes y sus aliados partos incitaran a toda

Judea a alzarse contra Roma fue gracias a los valientes esfuerzos de la guarnición del fuerte Bushir. Ahora los partos habían concentrado su atención en la ciudad oasis de Palmira, un enlace vital en las rutas comerciales con Oriente y una barrera entre el Imperio romano y Partia. Palmira gozaba de una independencia considerable y era más un protectorado que un estado súbdito. Sin embargo, el rey de Palmira se hacía viejo y los miembros rivales de su casa pugnaban para convertirse en su sucesor. Uno de los más poderosos príncipes de Palmira no había ocultado su deseo de unirse a Partia si se convertía en el nuevo gobernante.

Cástor carraspeó.

–Depende del gobernador de Siria convencer a los partos para que se mantengan alejados de Palmira.

El centurión Séptimo arqueó una ceja.

–¿De Casio Longino? ¿Cree que está a la altura?

Cástor guardó silencio unos instantes mientras consideraba su respuesta.

–Longino puede manejar la situación. No es un lacayo imperial; se ha ganado sus ascensos. En caso de no poder ganar la batalla diplomática estoy seguro de que los hará pedazos en combate. Si es necesario.

–Ojalá compartiera su seguridad, señor –repuso Séptimo meneando la cabeza–. Por lo que he oído, la última vez que Longino tuvo problemas enseguida puso pies en polvorosa.

–¿Quién te ha dicho eso? –le preguntó Cástor con brusquedad.

–Se lo oí decir a un oficial de la guarnición de Bushir, señor. Parece ser que Longino estaba en el fuerte

cuando aparecieron los rebeldes. El gobernador montó en la silla y salió de allí en menos de lo que tarda una puta de la Suburra en registrarte el monedero.

Cástor se encogió de hombros.

–Estoy seguro de que tenía sus motivos.

–Seguro que sí.

Cástor se volvió hacia su subordinado con el ceño fruncido.

–Mira, no nos corresponde a nosotros debatir las excelencias del gobernador. Y mucho menos cuando los hombres pueden oírnos. De modo que no le digas nada a nadie, ¿entendido?

El centurión Séptimo apretó los labios un momento y a continuación asintió con la cabeza.

–Como quiera, señor.

La columna siguió bajando por la pendiente y, en tanto que el viento arreciaba, el primer remolino de polvo barrió el sendero. En cuestión de segundos se había desvanecido todo indicio del paisaje circundante y Cástor aflojó el paso para asegurarse de que seguía a la cabeza de sus hombres por el camino del campamento. Los soldados avanzaron poco a poco, hundiendo los hombros mientras hacían lo imposible para protegerse de las ráfagas de arena detrás de sus escudos. El sendero se niveló por fin cuando llegaron al pie de la cuesta. Aunque el fuerte se hallaba delante a una corta distancia, la arena y la creciente oscuridad lo ocultaban a la vista.

–Ya no está lejos –murmuró Cástor para sí.

Séptimo lo oyó.

–Bien. Lo primero que haré al llegar a mi tienda es aclararme la garganta con un traguito de vino.

–Buena idea. ¿Te importa si me uno a ti?

Séptimo apretó los dientes ante la inesperada petición y se resignó malhumoradamente a compartir la última vasija de vino que había llevado por el desierto desde Palmira. Carraspeó y asintió:

–Será un placer, señor.

Cástor se rió y le dio una palmada en el hombro.

–¡Así me gusta! Cuando regresemos a Palmira la primera copa corre de mi cuenta.

–Sí, señor. Gracias. –Séptimo se irguió de repente y miró fijamente el sendero que tenían por delante. Entonces alzó la mano para indicar a la columna que se detuviera.

–¿Qué ocurre? –preguntó Cástor en voz baja al tiempo que se acercaba a su subordinado–. ¿Qué pasa?

Séptimo señaló hacia el fuerte con un movimiento de la cabeza.

–He visto algo justo enfrente de nosotros... Un jinete.

Ambos oficiales clavaron la mirada en la arena que se arremolinaba frente a ellos, forzando la vista y aguzando el oído, pero no había rastro de nadie, ni a caballo ni a pie. Sólo las manchas borrosas de los arbustos raquíuticos que crecían a ambos lados del camino. Cástor tragó saliva y se obligó a relajar sus tensos músculos.

–¿Qué es lo que viste exactamente?

Séptimo lo miró con expresión enojada, intuyendo las dudas de su superior.

–Un jinete, ya se lo he dicho. A unos cincuenta pasos por delante. Por un momento la arena se despejó y lo vi, sólo un instante.

Cástor movió la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Seguro que no fue un engaño de la luz? Podría haber sido uno de esos arbustos moviéndose.

—Se lo estoy diciendo, señor. Era un caballo. Lo vi con toda claridad. Lo juro por todos los dioses. Allí, delante de nosotros.

Cástor estaba a punto de responder cuando ambos oyeron un débil ruido metálico por encima del gemido del viento. Era un sonido inconfundible para cualquier soldado: el choque de dos espadas. Un instante después se oyó un grito amortiguado y luego sólo el viento. Cástor sintió que la sangre se le helaba en las venas; se volvió hacia Séptimo y le habló en voz baja:

—Comunica a los demás oficiales que hagan formar a los soldados en orden cerrado de un lado a otro del camino. Hazlo sin hacer ruido.

—Sí, señor. —El centurión Séptimo saludó y se quedó atrás para transmitir la orden por la línea. En tanto que los soldados se desplegaran en abanico a ambos lados del sendero, Cástor se acercó unos cuantos pasos más al campamento. Un inusitado cambio del viento le permitió distinguir débilmente la torre de entrada y un cuerpo desplomado contra el marco de madera en el que había varias flechas clavadas. Un velo de polvo volvió a ocultar el campamento. Cástor regresó con sus hombres. Los auxiliares formaban una línea de cuatro en fondo de un lado a otro del sendero, con los escudos en alto y las lanzas inclinadas hacia delante al tiempo que miraban con preocupación en dirección al campamento. Séptimo esperaba a su comandante a la cabeza de la centuria del flanco derecho. Junto

a ellos, la pendiente ascendía en una maraña de rocas y maleza.

—¿Vio algo, señor?

Cástor asintió con la cabeza y aguardó hasta situarse al lado del otro oficial antes de hablar en voz baja:

—Han atacado el campamento.

—¿Atacado? —Séptimo enarcó las cejas—. ¿Quién? ¿Los partos? ¿Quién si no?

Séptimo asintió y deslizó la mano para asir la empuñadura de su espada.

—¿Cuáles son sus órdenes, señor?

—Todavía están cerca. Con esta tormenta de arena podrían estar en cualquier parte. Tenemos que intentar regresar al campamento, sacarlos de allí y cerrar la puerta. Es nuestra mejor oportunidad.

—Querrá decir nuestra única oportunidad, señor —repuso Séptimo con una sonrisa forzada.

Cástor no respondió, se echó los pliegues de la capa encima de los hombros y desenvainó la espada. La levantó en el aire y miró a lo largo de la línea para cerciorarse de que los demás oficiales lo imitaban y transmitían la señal. Cástor no tenía ni idea de a cuántos enemigos se enfrentaban. Si éstos eran tan audaces para tomar el campamento por asalto, debían de haber atacado con bastantes efectivos. La niebla sobre el río y la tormenta de arena que arreciaba debían de haber ocultado su aproximación. El hecho de que esa misma tormenta proporcionara ahora cierta protección al resto de la cohorte mientras ésta se acercaba al fuerte no le resultó de mucho consuelo a Cástor. Con un poco de suerte podría suceder que, a su vez, los auxiliares sorprendie-

ran al enemigo. Lentamente bajó el brazo con el que sostenía la espada, cuya punta descendió describiendo un arco hacia el fuerte. La señal se repitió a lo largo de la línea para los soldados que se hallaban a la izquierda del centurión, ocultos en medio de la polvareda y la penumbra.

Cástor se acercó nuevamente la espada hasta que la cara de la hoja descansó contra el borde de su escudo y entonces avanzó. La línea lo siguió con un movimiento ondulante en tanto los auxiliares caminaban con paso seguro por el terreno accidentado hacia el campamento. Los oficiales mantuvieron un ritmo lo bastante lento para mantener la formación a medida que la línea avanzaba. A la derecha, la pendiente daba paso a un terreno abierto y la centuria del flanco se alejó del precipicio. Cástor miró al frente con los ojos entrecerrados, buscando cualquier señal del enemigo o de las fortificaciones del campamento. Entonces vio surgir la mole de la puerta principal por entre el remolino de polvo y arena. El contorno de la empalizada que habían levantado a cada lado se fue definiendo con nitidez a medida que los auxiliares se aproximaban al campamento. Aparte del cuerpo apoyado contra el poste de la puerta no había rastro de nadie más, ni vivo ni muerto.

El sonido de unos cascos retumbó a la derecha de Cástor, que se volvió a mirar al tiempo que uno de sus soldados del extremo de la línea soltaba un grito y agarraba el asta de la flecha que le había atravesado el pecho. Unas formas borrosas irrumpieron en el velo de la tormenta de arena cuando varios arqueros partos se acercaron a los auxiliares al galope y soltaron sus flechas

contra el costado derecho de los soldados romanos, que éstos llevaban descubierto. Fueron alcanzados otros cuatro hombres, que cayeron al suelo mientras otro se doblaba en dos pero intentó mantenerse en pie sujetando la flecha que le atravesaba el muslo y se lo había inmovilizado contra la otra pierna. Los partos hicieron virar sus monturas, retrocedieron rápidamente y se perdieron de vista, dejando a los auxiliares mirándolos con sorpresa y terror.

Casi de inmediato se oyó un grito a la izquierda cuando el enemigo emprendió otro ataque.

—¡Seguid adelante! —exclamó Cástor con desesperación cuando oyó pasar más caballos por detrás de la cohorte—. ¡Corred, muchachos!

Las ordenadas líneas de la cohorte se disgregaron en una concentración de soldados que corrían hacia la puerta principal, entre los que se contaba Cástor, quien vio que las puertas se cerraban y que de inmediato aparecían multitud de rostros por encima de la empalizada. Los arcos volvieron a alzarse, el silbido de las flechas hendió el aire de nuevo y las saetas alcanzaron a más auxiliares que, impotentes, se detuvieron frente al campamento. La lluvia de flechas caía sin interrupción, repiqueteando en los escudos o atravesando la carne con un ruido sordo y húmedo. Los gritos se alzaron por todas partes y, con una sensación de náusea en la boca del estómago, Cástor se dio cuenta de que, si no hacía algo, sus hombres estaban prácticamente muertos.

—¡Connmigo! —rugió Cástor—. ¡Acercaos a mí!

Unos cuantos soldados acataron su orden y alzaron sus escudos en torno a Cástor y el estandarte de la

cohorte. A ellos se sumaron más hombres a los que Séptimo fue empujando bruscamente para que se situaran en posición mientras se acercaba a su comandante. Cuando hubo unos cincuenta soldados formados en un círculo compacto con los escudos alzados, Cástor gritó la orden de retirarse por el sendero hacia el despeñadero. Retrocedieron lentamente en la penumbra, dejando a sus compañeros heridos rogándoles desesperadamente que no los abandonaran a los partos. Cástor se hizo fuerte. No podía hacer nada por los heridos. El único refugio que les quedaba a los supervivientes de la cohorte era el fuerte parcialmente construido del precipicio. Si podían llegar hasta allí tendrían más posibilidades de librar una última batalla. La cohorte estaba condenada, pero también ellos se llevarían a cuantos partos pudieran.

El pequeño grupo de auxiliares llegó al pie del despeñadero antes de que el enemigo se percatara de sus intenciones y los persiguiera. Los jinetes salieron de la oscuridad para disparar sus flechas y, cuando se dieron cuenta de que no había necesidad de seguir con una táctica relámpago, frenaron sus monturas y empezaron a encajar y apuntar más saetas a un ritmo constante. En su ascensión por el sendero la cohorte presentaba un blanco limitado al enemigo y una sólida pared de escudos protegía la retaguardia del pequeño grupo de supervivientes que se dirigía al emplazamiento de la obra. Los partos los seguían tan de cerca como les permitía su osadía y los asaeteaban en cuanto veían un hueco entre los escudos. Cuando advirtieron que era inútil disparar entre los escudos empezaron a tirar a las

piernas descubiertas de su presa, lo que los obligaba a agacharse y a aminorar el paso mientras subían penosamente por el camino. Aun así, otros cinco soldados resultaron heridos antes de que el sendero se nivelara y la pequeña columna de auxiliares llegara al perímetro de la obra. En lo alto del despeñadero el viento seguía siendo cortante, pero al menos allí estaban libres de la polvareda y dominaban las nubes de arena que tapaban el paisaje circundante.

Cástor dejó a Séptimo al mando de la retaguardia y condujo al resto por entre los cimientos de la puerta principal. Los muros eran demasiado bajos para impedir que los partos entraran en el fuerte y el único lugar donde los auxiliares podían ofrecer resistencia era la torre de vigilancia, ya casi terminada, situada en el otro extremo del fuerte, en una esquina al borde mismo del precipicio.

—¡Por aquí! —bramó Cástor—. ¡Seguidme!

Se apresuraron por el laberinto de rocas colocadas en línea que señalaban la ubicación de los edificios y vías planeados para el fuerte. Más adelante la mole de la torre de vigilancia se alzaba imponente contra el cielo nocturno salpicado de estrellas. En cuanto llegaron a la estructura de madera, Cástor se quedó en la entrada haciendo señas a sus hombres para que pasaran. Sólo tenía con él a poco más de veinte soldados y sabía que tendrían suerte si sobrevivían para ver el próximo amanecer. Cástor se escondió rápidamente en el interior y dio órdenes para que los soldados cubrieran la plataforma en lo alto de la torre y las aspilleras del piso situado encima de la entrada. Dejó consigo a cuatro soldados para defender la entrada mientras esperaban a que

Séptimo y la retaguardia los alcanzaran. Tras una breve demora varias figuras borrosas irrumpieron por la inacabada torre de entrada y corrieron a la atalaya. Momentos después apareció una oleada de guerreros enemigos que los perseguían con gritos de triunfo.

Cástor hizo bocina con las manos y gritó:

—¡Los tenéis encima! ¡Corred!

Los soldados de la retaguardia, cargados con la armadura, cruzaron el emplazamiento a trompicones, exhaustos tras el día de trabajo. Uno de ellos tropezó con una piedra y cayó al suelo con un grito agudo, pero ninguno de sus compañeros se detuvo ni volvió la mirada y en unos momentos quedó envuelto por la oleada de partos que se abalanzaban hacia la torre de vigilancia. Se aglomeraron en torno al auxiliar caído, arremetiendo contra él con sus hojas curvas. Su muerte proporcionó a sus compañeros el tiempo suficiente para llegar a la torre de vigilancia en cuyo interior se apiñaron, jadeantes, y bajaron los escudos. Séptimo se pasó la lengua por los labios mientras se obligaba a erguirse y rendir su informe con la respiración agitada.

—Perdimos a dos hombres, señor. Uno atrás en el sendero y el otro justo después.

—Ya lo vi.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Resistiremos cuanto podamos.

—¿Y luego?

Cástor se rió.

—Luego moriremos. Pero no sin cargarnos antes al menos a cuarenta de ellos, para que nos flanqueen el camino al Hades.